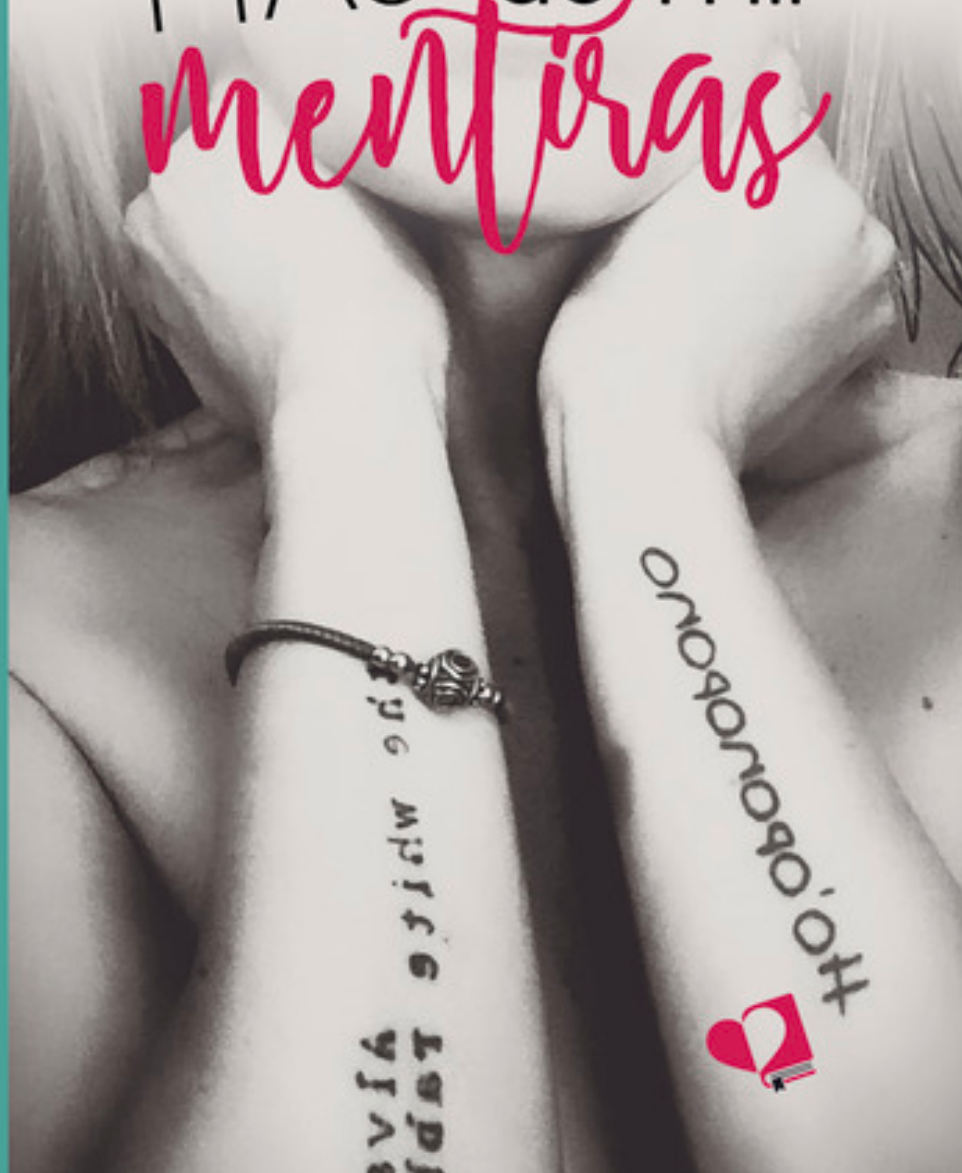


MARÍA LÓPEZ ROBLEDO

MÁS de mil mentiras



PRÓLOGO

Mi padre pescaba.

Se iba muy pronto, aún de noche, con su cesta llena de anzuelos, bolitas de colores y sedales llenos de corchos que se pasaba horas atando y cosiendo a sus cañas de pescar, y tenía unos botes llenos de gusanos —nutriaca, lo llamaba él—, que te miraban sin ojos a través del cristal, y se retorcían en un baile arrítmico y sin sentido entre arena clara y sin tener muy claro qué hacían ahí.

Y todo eso olía mal.

A húmedo, a río, a jersey mojado azul marino, a frío, a tristeza, a color verde pantano y a oscuridad.

A cuando en *Informe Semanal* te contaban que habían encontrado a una chica semidesnuda y muerta en alguna cuneta y, el camionero que la había atropellado y se había dado a la fuga veía la noticia sentado en el salón de su casa, con sus hijos pequeños, adormilados y su mujer deprimida, que no hablaba, que no reía y que no vivía.

Después la tele se apagaba y tenía que tomarse dos o tres tragos, a veces cuatro, para no pensar en lo que había pasado.

A veces se iba muy lejos —mi padre—, pero casi siempre volvía a tiempo para irnos a misa, vestidos de domingo, con cara de domingo y cuerpo de lunes.

Casi siempre tenía la mirada perdida, tal vez en el río, en los peces, o en las bolitas de colores que cuidadosamente dejaba bien guardadas a su vuelta.

Tenía unos treinta y cinco años, pero era más viejo que nadie.

Luego comíamos, no recuerdo bien de que hablábamos —ni siquiera si hablábamos— y, esa misma mirada... ¿dónde miraba? Y mi madre fregaba, y yo me iba a mi cuarto, y cerraba los ojos muy fuertes, y fantaseaba con encuentros secretos en los pasillos del cole, con aquel chico de sexto A que me miraba de reojo al salir del patio.

Después, mi padre se despertaba de la siesta y los tres nos íbamos a pasear, y tampoco recuerdo de qué hablábamos, y tampoco me acuerdo ya de que a veces me sentía protegida, y el olor de la bañera que me preparaba mi madre, siempre ardiendo, en la que me sumergía y podía volar.

Me llamo Paula.

Tengo treinta y siete años y estoy sentada en la consulta de mi psicoanalista.

Tarda.

Cuánto tarda.

¿Me dará tiempo a fumar?

Trabajo de *freelance* en una empresa de publicidad, donde garabateo logos y presentaciones durante diez horas al día, por cuatro perras contadas y con un jefe, cocainómano y neurótico, posesivo, cambiante, que me mete mano los jueves a partir de las diez después de la reunión antes de terminar un proyecto.

Se llama Oscar.

Al día siguiente me recibe a voces y no se acuerda, creo yo, de que ayer le tuve que acompañar en un taxi, dejarlo metido en la cama y volverme a mi piso de Gran Vía, pagando, por supuesto yo, el trayecto de ida y vuelta y la cuenta del último bar. Tampoco o se acuerda de los brindis, los tequilas y la sal quemando por mi cuello en el baño de aquel garito de Malasaña.

Mientras espero, miro el móvil.

Tengo dos llamadas perdidas de mi madre y tres mensajes.

Oscar Publistar: ¿A qué hora piensas venir a la oficina? Tenemos que terminar la presentación del jueves. ¿Vas a venir? ¿Hola?...

Alberto: Tu madre me ha llamado, nos esperan para cenar hoy a las diez. Yo compro el vino. Te quiero.

Me casé una mañana de junio en la misma iglesia donde hace veintitrés años tomé la comunión.

De blanco.

Con cara de lunes.

Alberto y yo nos conocimos después de que un coche azul embistiera mi Twingo granate, en un ceda el paso, saliendo de Cibeles.

—¿Estás loca? —se dirigía hacia mi pobre coche destrozado a grandes pasos, con el pelo mojado por el sudor y una camiseta gris asfalto, siempre le gustó el gris—. Te podía haber matado. ¿Estás bien?

Claro está, la que se había saltado el ceda el paso era yo, no he sido yo nunca de ceder el paso, y la que iba a romper en pedazos la vida de aquel chico enorme, de casi dos metros, con los ojos más azules y abiertos que he visto nunca, esa, esa que apenas acertaba a balbucear aturdida por el golpe, y sin tener claro aún si me había dado él, si le había dado yo, o de dónde coño había salido ese dios griego que tenía delante y aporreaba la ventana de mi Twingo, esa, esa era yo.

Nos casamos al año y medio de ese día lluvioso de abril.

Demasiado pronto, decía su madre, y arrugaba la nariz, seca, afilada, y se atusaba el pelo y se iba dejando ese olor a violetas rancias que siempre la acompañaba.

Para mí fue uno de los días más felices de mi vida, estábamos pletóricos, nada ni nadie iba a poder con nosotros, y las mañanas estaban llenas de risas, de desayunos en la cama, de besos hasta llevar la barbilla roja por su barba de tres días.

Picaba.

Y me llevaba al cielo.

De eso hacía cuatro años.

«OK» —contesto al mensaje de Alberto—, ¿hay algo peor en la vida que contestar con un *OK*?

OK significa vale, venga, todo bien, estoy de acuerdo, no me aburras, hasta luego, hasta pronto, hasta nunca.

Que te mueras.

Sigo esperando, y me empieza mucho sueño, ayer no dormí bien, y esta mañana no he tomado café, ni té, ni nada.

Me duermo.

Cuánto tarda, joder.

Me voy recostando casi sin darme cuenta en el sillón en el que espero y doy un par de cabezadas.

¡Qué sueño!

Bueno, si cierro los ojos cinco minutos, no pasa nada, oiré los pasos cuando alguien entre, y total, me da igual que me vean dormida, dormir es salud, ¿no?

Pues eso, serán cinco minutos.

—¿Paula? Puedes pasar.

Miro el reloj, las once y cuarto, Oscar me va a matar, pero necesito mi dosis semanal de cordura y psicoanálisis pagado como agua de mayo.

Solo serán cuarenta y cinco minutos, como mucho cincuenta, tengo el coche abajo y estoy cerca de San Bernardo, quince minutos más y estoy allí a tiempo para acabar la presentación.

¿Cómo estás?

Me siento.

Iván repasa mi historial, mientras yo le repaso a él, y se quita las gafas para saludarme.

Me observa.

Busca algún indicio en mi cara que le confirme si estoy bien o mal, o tengo algo nuevo que contarle.

Lleva una camisa de lunares granates y grises, pequeñitos. Por un momento, si te fijas bien, parece que van a empezar a bailar, entre sí, convirtiéndose en los gusanos con los que pescaba mi padre.

—¿Paula?

—Eh..., perdón, bien, estoy bien.

¿Estaba bien? En las últimas dos semanas apenas había dormido, me había acostado sucesiva y aleatoriamente con Oscar y Alberto, sin ni siquiera pensar con cuál de los dos estaba, me había saltado varias comidas y no había practicado ninguno de los ejercicios de respiración que había prometido hacer.

Eso sin contar con las copas *afterwork*, las mentiras a uno y a otro, y los asaltos continuos siempre de madrugada a la nevera de Ikea, que a veces enfriaba mucho y otras nada.

Era como yo. La nevera, digo.

Salgo apresurada de la consulta, después de cuarenta minutos recordando momentos de mi infancia y prestando casi más atención a las señales que creo que Iván me manda, a través de códigos que solo él y yo conocemos.

No nos hace falta hablar demasiado, porque sabe lo que pienso en casi cualquier momento y se anticipa casi siempre a mis preguntas, contestando justo lo que yo espero oír.

Es tranquilo, de mediana edad, pelo canoso, ojos pequeños que oculta bajo sus gafas de pasta, siempre de diseño, y a su lado tiene una pecera pequeñita, con peces de cristal, que flotan unidos a una burbuja transparente, se mueven, pero no tienen vida —se ahorra el cambiarles el agua y darles de comer, dice—, y huele siempre a regaliz negro, fresquito, como a recién duchado, como a recién nacido, a vida, a paz.

Allí el tiempo se para y todo, o casi todo, adquiere un matiz más liviano, menos grave, parece que todo tiene solución.

Ese es su gran poder.

¿Te imaginas estar todo el día rodeado de gente que te vomita a la cara, sin piedad y sin preocuparle si te va a afectar o no, todos sus problemas? ¿Y tener la capacidad de darle la vuelta a la tortilla? Wow, tiene que molar.

O quemar.

O matar.

Yo creo que no podría, que me volvería loca y empezaría a somatizar, y a llenarme de tic, toc y neurosis varias. Cada día tendría una, un día sería paranoica, otro estaría deprimida, otro histriónica, otro bipolar y, el último día, acabaría necesitando terapia yo misma.

Pero él no, él está lleno de luz blanca y, cuando salimos por la puerta, estoy segura de que respira, sonrío y se prepara para ayudar a la siguiente alma en pena que entrará por su puerta, y le entregará su alma, su vida y sus decisiones.

—Hasta el jueves, Paula.

Y me voy dando saltitos, con sesenta euros menos en el bolsillo, pero reconfortada por las palabras que me dice Iván antes de salir.

—Hasta el jueves.

Es como cuando llevas un escapulario en el bolso, sabes que está ahí, que por delante puedes hacer y deshacer, pero que, en un plazo no muy largo, volverás a sentarte delante de él, y el miedo se esfumará.

Al menos, por un rato.

—¿Cenamos juntos? Y me mira con esa cara con la que miras a un cordero, antes de llevarlo al matadero.

—No puedo, tengo cena con mi madre y...

—Y con tu marido.

Yo no sé cómo he llegado a esta situación, y no sé en qué momento, pero me veo dándole explicaciones al imbécil este, de con quien ceno o con quien estoy casada; a él qué coño le importa mi vida.

Total, mi relación con Oscar se limita a trabajar juntos, salir de copas de vez en cuando juntos, y si se pone bobo, a veces, acabamos de aquella manera, pero él tiene claro que yo estoy casada.

A veces pienso que felizmente y otras que no, aunque, eso son cosas más, supongo que son rachas.

Alberto es mi medio limón y estoy segura, segurísima, de que acabaré mis días con él.

O no.

La verdad es que NUNCA había engañado a Alberto, y yo tampoco lo considero engaño, porque no hay sentimientos de por medio. Oscar me lía, me invita, bebemos, bailamos, y al final

una cosa lleva a la otra y... bueno, pero yo no pienso en él y, la verdad, cada vez pienso menos en Alberto.

Y lo más triste de todo, es que cada vez pienso menos en mí.

Sonrío y sigo dibujando.

El silencio se ha convertido en la mejor arma que tengo.

Yo.

¡En silencio! ¡Si no me callo ni debajo del agua! Pero, últimamente, nos hemos hecho amigos, el silencio y yo, y me permito cerrar el pico, incluso en situaciones en las que la sangre me hierve, cuando es casi imposible contar, ya no hasta diez, sino hasta tres, por ejemplo, y ahí, ahí, sobre todo, me da un placer hasta ahora desconocido.

Y me da poder.

Nací un día frío de mayo, nadie me lo contó, pero estoy segura de que hacía frío.

Mucho frío.

Mi madre no había cumplido los veinte y se debatía entre la vida y la muerte, mientras yo pasaba mis primeras horas y semanas de vida en una incubadora gritando y llorando cada vez que tenía hambre.

Tal vez por eso hacía frío.

Viví los primeros años de mi vida con mis abuelos maternos, mientras mi madre se recuperaba y mi padre se perdía para siempre.

Supongo que a ambos les vino grande el tener que jugar a los papás, cuando eran solo unos niños.

De mi infancia, tengo recuerdos que duelen, que pican, que aun ahora no consigo encajar, pero también otros muy felices.

Recuerdo los bizcochos que Milagros, la chica que ayudaba en casa de mis abuelos, nos hacía para desayunar.

La nata que recogía con una cuchara de madera y, chup chup, el olor a casa, a calor, y a ropa limpia y ordenada por colores en los inmensos armarios de la casa de mi abuela. Y entrar una y otra vez

en la cocina para ver si podíamos meter mano al bizcocho, y ella que no, y nosotros que sí, y era un «no» siempre.

Menuda era.

Después crecí y caminé sin parar, hasta llegar a un punto en el que tenía que volver hacia atrás o pasarme de pantalla. Y a veces, no sabía cómo hacerlo y me dejaba llevar, caer y pisar.

Y a veces —o casi siempre— me pisaba yo misma. Y me hacía tanto daño, que luego tenía que curarme yo misma las heridas, o taparlas, o enterrarlas, nunca demasiado profundo, para poderlas abrir de nuevo cualquier día y asegurarme la misma dosis de daño y *dramaqueen*.

Si no, no valía.

Me meto en la ducha y me lavo a conciencia el pelo, la cara, los brazos, el pecho, mi pubis y la culpa cae por el desagüe haciendo espirales que de mayor a menor se pierden entre las tuberías de la casa en la que vivimos Alberto y yo desde hace dos años.

Me obsesiona la limpieza y, sobre todo, «oler bien» desde que tengo uso de razón.

Toneladas de cremas y potingues, tanto para el cuerpo como para la cara y el cabello, a diario forman parte de mi rutina de belleza. Eso es cuidarse, ¿no?

Soy guapa, o eso dicen, yo pienso que más que guapa, soy atractiva.

Es mejor ser atractivo que guapo.

Delgada a ratos, a días. Quiero decir, si como mucho engordo, si como poco adelgazo, tengo un cuerpo agradecido, que diría mi amiga Isabel.

Pero, eso sí, siempre, siempre, tengo que oler bien.

Y mi casa, también.

Millones de ambientadores, con olor a canela, a vainilla y a jazmín, se camuflan en cualquier lugar de mi casa. Es requisito indispensable en mi vida, entrar a un sitio y que huela bien.